

DE LA IGUALDAD FORMAL A LA DIVERSIDAD. UNA PERSPECTIVA ÉTNICA LATINOAMERICANA

Marcela LAGARDE Y DE LOS RÍOS
Universidad Nacional Autónoma de México.

*“...Venimos a despertar tu conciencia
Venimos a despertar tu corazón...”*

XUNKA ‘UTZ ÚTZ’NÍ’¹

RESUMEN

En este artículo se analiza la gestación en Latinoamérica de nuevas identidades femeninas fuertemente marcadas por la innovación cultural. Este proceso de construcción está determinado por las luchas políticas que han permitido a las mujeres latinoamericanas alcanzar algunos derechos básicos. Además, se describe la complejidad de ubicar a toda Latinoamérica bajo un cierto sincretismo, cuando lo común es tan importante como lo que se posee de diferente en cada uno de los países. Sin embargo, una vez aceptada esta diversidad, las fuertes desigualdades vitales que comparten las mujeres están produciendo en el continente latinoamericano la construcción de una voz, un discurso y un contenido reivindicativo común. Finalmente, se presenta la contradicción política en la que viven las mujeres latinoamericanas convocadas a participar como mujeres modernas en las instituciones, cuando estas mismas instituciones las sitúan en posiciones de subordinación social, política y económica. A pesar de los problemas, cabe destacar los experimentos políticos que se están llevando a cabo para buscar sincretismos no homogéneos, sino integradores de la diversidad cultural por parte de las mujeres.

SUMMARY

This article analyses the birth of some new female identities in Latin America, marked by strong cultural innovation. The process of change has been won by political struggles that have permitted Latin American women to gain some essential rights. Moreover the text describes the complexity of syncretising all Latin America, but the common elements are more important than the differences. However, accepting this diversity, the great inequality of basic essentials in the relationships between women, is producing one voice, one discourse and one common demand. Finally, it shows the political contradictions in which contemporary Latin America women live, summoned to participate, as modern women, in the institutions when these same institutions put them in positions of social, political and economic subordination. Despite these difficulties, it emphasises the political experiments that women are carrying out to find a syncretism without eliminating cultural diversity.

1. XUNKA ‘UTZÚTZ’NÍ’, *Conjurios y ebriedades. Cantos de mujeres mayas*, Talleres Leñateros, México, 1997, 103.

IDENTIDAD Y DIVERSIDAD

Es evidente y notable que en el umbral milenario, las mujeres son pensadas, representadas simbólicamente y convocadas a ser idénticas² —idénticas a una “condición natural”, idénticas a la feminidad, a los estereotipos, idénticas a las otras mujeres—, no lo seamos. Sobresalen, entre nosotras, las latinoamericanas, dos características identitarias³ de semejanza o diferencia en cuanto a referentes simbólicos y experiencia vivida: son la *diversidad* y la *transición*.

Se trata de la *diversidad* entre las mujeres y la diversidad de cada una consigo misma. Diversidad frente a las representaciones simbólicas y normativas del ser mujer y ante los mandatos trazados en contraste con la experiencia vivida. Las mujeres además, estamos en *transición* y, frente a la amalgama entre lo que se conserva y lo cambiante, inventamos maneras inéditas de ser mujer. El mundo hierve y, si algo cambia en él, somos las mujeres. Las identidades de las mujeres son identidades en transición, no siempre maleables ni dúctiles, pero como nunca antes, todas tienen las huellas de la innovación cultural. Tal vez para nosotras sea posible pensar en el Renacimiento de las mujeres.

QUIÉNES SOMOS

Las latinoamericanas de la era de la globalización, integradas o excluidas, provenimos del surgimiento de sociedades conquistadas y colonizadas y de Estados originados en procesos violentos y genocidas. Sociedades y Estados marcados por el patriarcalismo. Las malformaciones sociales y políticas han cohabitado con ecos democráticos distorsionados y utopías libertarias y humanistas. Donde los Estados fueron débiles, y prevalecieron mecanismos subsidiarios, las estructuras sociales se

2. Celia AMORÓS considera en su trabajo “La violencia contra las mujeres y los pactos patriarcales” en MAQUEIRA, V. y SÁNCHEZ, C., *Violencia y sociedad patriarcal*. Madrid, Pablo Iglesias, 1990, págs. 39-54, que “...la condición de las mujeres está basada en hechos que asemejan a las mujeres, sin embargo, el orden patriarcal las trata como si fuesen idénticas”. Siguiendo su razonamiento, es posible observar que en este tratamiento se encuentra un recurso de desempoderamiento de las mujeres que legitima la subordinación y la discriminación, además que refuerza la ideología sobre la naturaleza femenina y alimenta el estereotipo de la intercambiabilidad de las mujeres.

3. Identidad, con el sentido del conjunto de características que definen al sujeto en su condición histórica resultante de la construcción simbólica. Tiene como referente la interacción con las personas que, a través de la pedagogía cotidiana contribuyen al desarrollo de la personalidad de cada quien. La identidad se construye a partir de asignaciones, mandatos, ejemplos y compulsión social. De ahí sus varias dimensiones: la identidad asignada, la identidad aprendida, y la autoidentidad resuelta de manera reactiva y creativa. La identidad siempre está en proceso, no es estática ni coherente, no corresponde mecánicamente con los estereotipos. Cada persona reacciona y de manera creativa, al resolver su vida se resuelve, elabora los contenidos a partir de su experiencia, sus anhelos y sus deseos en el marco de lo posible. Los cambios son así una constante a lo largo de la vida y sus cambios profundos ocurren a través de crisis.

solidificaron en estamentos cerrados y comunidades marginadas, las mujeres quedaron más rezagadas.

En algunos países, a través de luchas políticas, las mujeres han ido alcanzando como por oleadas, algunos derechos desde la segunda mitad del siglo XIX y en otros, aún no ejercen los mínimos derechos. Desde luego, las campesinas, las obreras, las asalariadas, las estudiantes han participado social y políticamente en un sin fin de procesos históricos significativos pero lo hicieron las más de las veces sin discurso específico de género.

En estas tierras habitamos mujeres cuya filogenia proviene de diversos puntos del orbe. Latinoamérica ha sido un mundo contenido en el pasado entre el Río Bravo y el Cabo de Hornos. Hoy traspasa la frontera norte de México a pesar de muros ignominiosos, como el que se levanta ya entre México y Estados Unidos para evitar la migración, y de formas de explotación y discriminación enajenantes, deportaciones y homicidios punitivos. Por los orígenes de gran número de sus pobladores, Chicago, Los Ángeles, Miami y muchas otras ciudades de ese país tienen signos latinoamericanos en tradiciones, maneras, costumbres, símbolos y lenguajes, rituales y nostalgias amestizadas. Sus barrios y ambientes evocan los aires de San Salvador, la mixteca rural mexicana, Buenos Aires, La Habana, Managua, Haití.

Filiaciones, genealogías e identidades mítico-históricas dan sentido a Latinoamérica como un mundo construido desde sus orígenes por seres que remontan sus lares tras estrechos congelados, que vinculan continentes y mares en balsas prodigiosas. Migraciones y asentamientos, conquistas guerreras, colonialismo y mestizaje, independencias truncadas y autonomías fallidas, han dado lugar a las naciones, los pueblos y las culturas que nos cobijan y nos dan sentido, aún por sus sinsentidos.

Ubicar a Latinoamérica es complicado. Para quienes se enorgullecen de autoctonismo el *ubis* está en el pasado preibérico y reniegan de otras filiaciones. Sin embargo, tradiciones amarradas a las metrópolis europeas son referencia que nos coloca también, en Occidente. Nuestras tradiciones guardan vestigios vivos de culturas anteriores, como lo hacen las capas de lava que sepultaron en el 1200 adne. a la más antigua ciudad del continente que miro desde la ventana de mi casa: Cuicuilco, guarecida por una burbuja de aire que preservó sus restos y devastó la vida que en ella habitaba. ¿Cuántas Cuicuilcos culturales vividas en cientos de lenguas americanas, muchas de ellas actuales, se han preservado a lo largo de siglos, entremezcladas con el cristianismo, el alfabeto, la imprenta, la Ilustración y sus lenguas, el castellano, el portugués, el francés, el inglés?

En este aspecto, a las latinoamericanas nos asemeja no sólo lo que compartimos sino lo que nos hace diferentes: el castellano más andaluz se habla en el Caribe, El Golfo de México, el norte de Sudamérica y las intermedias Islas Canarias, el cristianismo de Yemayá no es el mismo que se adivina en la amalgama de la Guadalupe y la Tonantzin lunar, o en la permanencia de la terrenal Pachamama, ni el que envuelve Tezcatlipocas centenarios tras el Cristo Negro de Esquipulas.

La mayoría somos hablantes de castellanos híbridos, otras más hablan y sueñan en un portugués americano, papiamento, creole, y millones ven el mundo

desde una variedad de lenguas originarias de América. La lengua franca de cantidad de modernas finiseculares latinoamericanas va siendo, además del español y el portugués, el inglés también americano⁴. Las mujeres latinoamericanas tenemos esas huellas y muchas más. Nuestras identidades están marcadas por el *sincretismo*. Somos históricamente sincréticas porque nuestros mundos son síntesis, de entrecruces dramáticos de pueblos sobrevivientes e intereses económicos expansionistas y devastadores y de variadas formas de dominación. Nuestros mundos son invenciones del poder. Se parecen, por sus centenarias estructuras patriarcales, por el machismo galopante y la exclusión de las mujeres, por la pauperización y la eliminación de oportunidades para millones de personas y, de manera significativa, para las mujeres.

El parecido de nuestros países está también en que en ellos las mujeres son maltratadas y la violencia cimienta conyugalidades respetables y vidas familiares armoniosas. Al excluir y controlar de manera intimidatoria a las mujeres, la violencia fundamenta también la gobernabilidad y la política. Aquí, el mercado ha integrado en sus niveles más bajos el trabajo de las mujeres y el espacio privado se ha beneficiado siempre de la *servidumbre* de género impuesta a las mujeres.

La organización patriarcal se refuerza con férreos estamentos que han hecho casi imposible la identificación genérica entre mujeres de distintas edades y generaciones, etnias y clases sociales, de oficios y profesiones varias, de familias y comunidades diferentes, de corrientes políticas y religiones. Las diferencias sociales y culturales están entreveradas con desigualdades vitales instaladas en cada relación entre las mujeres. Por eso, *la diferencia* es vivida con rechazo y la pluralidad es cuesta arriba. Debido a la segregación y a la supremacía masculina, las mujeres están limitadas y obligadas a ejercer su dominio (sexual, social, económico y político de género) fundamentalmente sobre otras mujeres. Este hecho magnifica las relaciones opresivas entre las mujeres, conduce al distanciamiento y obstaculiza la identificación de género. Las lealtades y adhesiones a las fuentes de los poderes hacen a las mujeres más dependientes buscar el reconocimiento de los hombres, adherirse a ellos y rechazar el encuentro genérico con las mujeres.

NUESTRO ENCUENTRO

En ese continente de género, las latinoamericanas del siglo XX empezamos a encontrarnos por una voluntad explícita. Son los afanes de género que nos hacen saltar los obstáculos confrontantes, coincidir, apoyarnos, recorrer esta geografía y sumar esfuerzos. Al emerger con voz, discurso y acciones reivindicativas propias en cada país y en cada región, en las últimas décadas, las mujeres hemos dibujado

4. LAGARDE, Marcela, "Claves identitarias de las latinoamericanas en el umbral del milenio", en PORTUGAL, Ana M.^a y TORRES, C. (eds.), *El siglo de las mujeres*, Isis Internacional 28, 1999, págs. 13-28.

individual y colectivamente un perfil identitario que no teníamos. Los encuentros se han producido al percatarnos de que pensar el mundo posicionadas en este lugar supone una historia compartida, necesidades similares, o más todavía, una conflictiva existencial semejante. Lo hemos hecho también, al ver a las europeas, las asiáticas, las africanas, las norteamericanas, las australianas, nombrarse y definirse en sus particularidades propias.

En el intercambio hemos visto en nosotras, designadas como latinoamericanas, qué significados tiene serlo. Además de compartir historias reales y míticas y de provenir de procesos similares, ser latinoamericanas significa también el reconocimiento de nuestros hitos en los de *otras* semejantes y la construcción desde nosotras y cada cual desde su terruño, del presente y de un horizonte de futuro en esta tierra.

ESTAR Y NO SER

Los grandes discursos revolucionarios, de liberación nacional y emancipación popular, y las utopías socialistas y alternativas, han sido cobijo ideológico y político de millones de latinoamericanas desde el siglo XIX. En el inicio del siglo que se acaba, en México, por ejemplo, las mujeres formaron parte de ejércitos populares movilizadas por causas revolucionarias; muchas de ellas lucharon, otras fueron en la retaguardia. La revolución cubana fue apoyada por millones de mujeres a lo largo del continente. Miles de mujeres fueron víctimas de represión en Guatemala y los procesos democratizadores en Chile y revolucionarios en Nicaragua y El Salvador; las guerrillas uruguayas, argentinas, peruanas, colombianas y mexicanas, han contado con una importante incorporación de mujeres como bases de apoyo y como insurgentes.

Sin embargo, la marca más importante de la politicidad femenina en América Latina ha sido la participación civil de las mujeres en la construcción de la democracia y tras las insurrecciones y las represiones, ha sido significativa la participación de las mujeres en el tejido de la paz y la reconciliación. Los procesos políticos que buscan un sentido social al desarrollo y la construcción de las democracias de Brasil, Venezuela, México, Panamá, Argentina, Costa Rica, Perú y del resto de países han sido impulsados por mujeres politizadas con ganas de cambiar el mundo.

En la visión androcéntrica del mundo que prevalece en esta región, las mujeres no tienen cabida como *sujeto histórico*. Es significativo que en procesos de transformación social mujeres y hombres están dispuestos a rebelarse, a cambiarlo todo, a enfrentar restricciones y riesgos, represión o guerra. Sin embargo, les parecen invivibles las exigencias y las dificultades relativas al avance y la emancipación de las mujeres. Y, por otra parte, lo que más nos caracteriza es la construcción de alternativas de género desde la vida personal de millones de latinoamericanas, hasta los movimientos de mujeres, las redes que nos conectan por nuestra voluntad y la marca de género en la innovación y la apertura cultural y en la convivencia.

En cualquier vertiente, los aportes y la participación de las mujeres se han dado desde la desigualdad genérica y la confrontación con organizaciones e instituciones que no consideran importante eliminar la opresión y las privaciones de género. En las ideologías de hostilidad política contra las mujeres se considera un avance que la *causa ilegítima de género* vaya quedando pendiente. No es el momento, es peligroso, no es conveniente, ya se resolverá más adelante. La paradoja política más dolorosa para las mujeres ha sido la entrega, por conciencia y búsqueda de justicia en el mundo y en la propia vida, a procesos en que, con la pretensión de ampliar derechos y oportunidades, establecer regímenes alternativos o la democracia, muchas, han apoyado la concentración de poderes *patriarcales* de los hombres y el reforzamiento de escalafones y estructuras de opresión.

A nombre de metas colectivas o por intereses de grupo de quienes los reivindicaban, se omite la *causa oculta* o visible de cada mujer. Esa causa íntima que estimuló su búsqueda y su compromiso. Y, aún cuando se participa con relativa fuerza, lo que queda de lo planteado por los movimientos y organizaciones de mujeres, es siempre producto de negociaciones en desventaja. En la mayoría de los procesos mencionados las mujeres se han sumado desdibujadas, sin identidad política y subsumidas en categorías extragenéricas como el pueblo, la clase y los grupos reivindicativos de los hombres. La identidad agenérica o naturalmente subsumida caracteriza un travestismo de género impulsado masivamente. Los grandes discursos masculinos tuvieron en las mujeres escuchas, testigas, apoyos solidarios y comprometidos hasta el despido, la cárcel, la represión, el exilio y la muerte.

En gran medida, la participación de mujeres durante varias décadas fue captada por organizaciones políticas que no las tomaban en cuenta y, en contrasentido, no hubiesen subsistido sin ellas. El cambio fue ideologizado como solución de todos los problemas. Sin embargo, las militantes muy pronto descubrieron la injusticia genérica. Otras contemporáneas han sido conservadoras. Millones de latinoamericanas desvalorizadas en su condición política y afines con visiones del mundo conservadoras y con estructuras excluyentes, han sustentado durante todo el siglo el poder autoritario en instituciones como la familia y las iglesias. Ahí han defendido el poder estamental, jerárquico y patriarcal, se han opuesto a cambios benéficos y, desde luego, a las mujeres que los promueven. El racismo y las diversas fórmulas sociales y culturales de exclusión han contado con mujeres para su reproducción y para legitimar el monopolio masculino sobre la razón, la fe jerárquica y el poder de decidir sobre el sentido de la vida. No es que no hayan participado. Han sido destinadas a la conservación del mundo en los *cautiverios* reservados para sus existencias.

El vacío de conciencia política de género en la mayoría de las mujeres aunado al machismo político de los hombres y las acendradas creencias dogmáticas y conservadoras de signo religioso, mantuvieron a gran cantidad de mujeres marginadas de procesos secularizantes. Muchas de ellas han sobrevivido como *a-legales* y *a-políticas*, convencidas o manipuladas. Frente a su ciudadanización, desde el conservadurismo se esgrime su moralización. Aún mujeres incorporadas a la escuela, al trabajo y a la acción social se han visto confrontadas entre su defensa del

orden político del mundo, mirado desde la moral y las costumbres, y el descubrimiento de la injusticia personal que les produce ese orden. Lo que no es claro para muchas todavía es la relación entre la moralidad virtuosa y sus dificultades existenciales.

SEMEJANZAS

Más allá de diferencias y semejanzas religiosas, políticas, de clase y otras, tres características identitarias sobresalen en las mujeres latinoamericanas como verdaderas marcas de identidad: el *sincretismo*, la *diversidad* y la *transición*. El *sincretismo*⁵ de género plasma las variadas fórmulas en que cada mujer es a la vez *premoderna* o tradicional y *moderna*, en un mundo como el latinoamericano, de por sí *sincrético* y ubicado a años luz de concreciones imprescindibles de la modernidad. Cada latinoamericana sintetiza procesos de vida en que la condición tradicional coexiste con la condición moderna de género. Las maneras en que esa amalgama ocurre tienen marcas generacionales, de clase, étnicas. Pero el *sincretismo* marca la personalidad y el modo de vida de cada una. Define también el contenido de los conflictos subjetivos internos y con *los otros*, la posición en el mundo y el uso o desuso de los recursos. El *sincretismo genérico* está presente en la sexualidad, el amor, la vida doméstica y la vida pública, el trabajo y las maneras de participación, las creencias y los conocimientos, y desde luego, el sincretismo es político.

Modernas y tradicionales a la vez, las latinoamericanas vivimos en *cautiverio*⁶ y emancipadas a medias. Pensamos de manera binaria formal religiosa y mágicamente, desarrollamos también, pensamiento complejo dialéctico y laico. La poligamia se abre paso en la sexualidad y en la conyugalidad de más y más mujeres cuya mentalidad es de monógamas, la virginidad juvenil es desplazada y aumentan las maternidades adolescentes. Millones de mujeres siguen entregando su cuerpo y su sexualidad al hombre de su vida por ese momento, sólo que en actitud subversiva y temeraria. En ese sentido, el *cuerpo-para-otros* sigue condicionando la identidad de la mayoría de las mujeres, sólo que en la era del VIH/S, de otros males y del tabú del condón, con un altísimo riesgo y a un altísimo costo.

5. Para un tratamiento extenso sobre el sincretismo de género, véase LAGARDE, Marcela, *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*, horas y HORAS, Madrid, 2001.

6. Cautiverio es la categoría antropológica que sintetiza el hecho sociocultural y político que define el estado de las mujeres en el mundo patriarcal; se concreta políticamente en la específica relación de las mujeres con el poder de dominio y se caracteriza por su privación de la libertad y su débil poderío. Las mujeres están cautivas porque han sido privadas de autonomía, independencia para vivir, del gobierno sobre ellas mismas, de la posibilidad de elegir y la capacidad de decidir. El cautiverio caracteriza a las mujeres en cuanto al poder que ejerce sobre ellas su dependencia vital, el gobierno de sus vidas por las instituciones y *los otros*, la obligación de cumplir con el deber ser femenino de su propio grupo, que las conduce a vidas estereotipadas, sin opciones. Todo lo cual es vivido por las mujeres desde la posición de subordinación a que las somete el dominio de sus vidas, que ejercen la sociedad y la cultura patriarcales. Véase LAGARDE, Marcela, *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, 4ª edición.

La actualización ideológica patriarcal promueve el *cuerpo-cosificado-para-el-placer* y el *culto estético del cuerpo* como experiencias valorizantes de género, de avanzada, modernas, como signo de emancipación, frente al *cuerpo-procreador*, contradictoriamente vigente y complemento *sincrético* de las nuevas identidades sexuales. En cualquier caso, la enajenación sexual, corporal, es la más adaptativa y sobrevive a otros ámbitos de la condición de la mujer resignificados a profundidad. Sin embargo, precisamente en la sexualidad encontramos cambios profundos en millones de latinoamericanas apropiadas de su cuerpo con conocimientos, recursos, píldoras y condones, ahora incluso condones femeninos, pero sobre todo, con nuevos valores, experiencias y prácticas erótico-afectivas diversas, todo con deseos resignificados y con libertad.

Las economías del siglo XX trajeron a las latinoamericanas más trabajo y no sólo liberador, a diferencia de las promesas de las ideologías del progreso, en la realidad se amplió el abanico y no se eliminaron los trabajos enajenantes. Hoy, tenemos no sólo dobles y triples jornadas, trabajo visible e invisible, formal e informal, sino que trabajamos extra para ganar unos centavos más y ser más apreciadas, o porque aún no podemos decir *no* a los reclamos del deber. El *sincretismo* de género en condiciones neoliberales ha producido una *pauperización* relativa y absoluta de las mujeres.

A pesar de que capas importantes de mujeres han mejorado en sus condiciones de vida y han ascendido económicamente, la *pobreza de género* abarca a mujeres de todas las clases y sustenta formas de sobrexplotación económica. Refuerza asimismo, el control económico de las mujeres y les impide acceso a oportunidades y a bienes, entre otros, la tierra, la empresa, los bienes de consumo y los bienes simbólicos que se adquieren con dinero, o coloca a las mujeres en actividades económicas sexuales, opresivas, enajenantes y miserables, como la prostitución y la pornografía, en sus diversas formas. El robo y el tráfico de mujeres para la servidumbre doméstica y pública y para la servidumbre sexual va en aumento. La migración ilegal abarca a millones de latinoamericanas en EEUU y Europa.

El género femenino en su conjunto es la categoría social que más trabaja en este lugar del mundo, se apropia de menor riqueza social a través de su trabajo y sus aportes sociales, accede a menos servicios y tiene disminuidas sus oportunidades de desarrollo y sus derechos en condiciones de enorme riesgo vital. Desde luego, es el género conculcado de poder político. Sin embargo, millones de latinoamericanas son independientes económicamente, se hacen cargo de ellas mismas, de hogares, parientes e incluso de hombres, cuyo estereotipo aún es el de “proveedores”. Hoy contribuyen a hacer vivible la vida con solvencia económica que ha permitido a muchas mejorar su nivel de vida, convertirse en consumidoras y acceder a bienes y oportunidades con su dinero, su ahorro y sus inversiones.

Anhelantes de tiempo para el descanso, la diversión o el estudio, muchísimas latinoamericanas regalamos nuestro tiempo, como aristócratas, en voluntariados de todas las causas. Aún mujeres pobres se sienten con el deber de ser solidarias a costa de ellas mismas. La entrega como virtud va de la mano de la sensación de que es correcto pedir, exigir o promover derechos. Entre las redes de sobrevivencia

y la caridad se mueven muchos esfuerzos vitales de las mujeres y son sustraídos a la lucha civil y política para mejorar socialmente sus condiciones de vida. Las niñas que nacen en el umbral del milenio bajo cielos latinoamericanos serán educadas como mujeres domésticas y públicas *madresposas-semiciudadanas*, mientras las adultas definen su vida en torno a maternidades de entrega y sin sustento social y, al mismo tiempo, luchan por su independencia y su desarrollo y, por sacar a alguien adelante. El amor y las pasiones tradicionales siguen intocadas en la mayoría de las conciencias y las afectividades, son contenido de deseos y de enormes inversiones de energías vitales.

LOS HOMBRES

Los hombres siguen siendo los dueños de las tierras, los territorios y los espacios latinoamericanos. Son el centro de la sociedad, del Estado y de cualquier círculo particular. Hegemonizan la cultura. Están en el centro de la vida de las mujeres, las familias y las comunidades aún cuando estén ausentes. El cambio consiste en que cada vez más mujeres no sólo son colonizadas por el padre y el cónyuge tradicionales, sino que suman a éstos los maestros, jefes, colegas, dirigentes profesionales de la salud, abogados, clérigos, aún los llamados de la liberación. Y, para evidenciar que el orden político de géneros tiene dos escalafones diferenciados, mujeres poderosas, están jerarquizadas en segundo nivel frente a los hombres y, reivindicadoras de una igualdad natural, reconocen en los hombres superioridad, liderazgo, mando y dirección sobre sus vidas.

INSUMISAS Y EMPODERADAS

Sin embargo, es notable advertir *la insumisión* de cantidad de mujeres *empoderadas* que no se someten e incluso han inventado formas de convivencia basadas en arreglos de cooperación limitada y de respeto. Aunque la negociación todavía no alcanza para reordenar el mundo privado y la convivencia doméstica entre mujeres y hombres y entre generaciones, en cuanto a trabajos y reparto de funciones y papeles, el poder público de algunas mujeres —emanado de su formación, del ingreso, el rango, la posición y el prestigio y de sus poderes sociales, políticos o culturales—, eleva su estatus doméstico y les permite vivir sin violencia las relaciones íntimas y contar apoyos y estímulos a su desarrollo personal.

Herederas de Sor Juana, Gabriela Mistral y Rosario Castellanos mujeres ilustradas e insumisas, millones de latinoamericanas son hijas de la escuela y encuentran obstáculos para avanzar en sus estudios. Muchas estudian contra la voluntad de sus parientes y otras contra la de sus maestros. Las estudiantes son sacrificadas por el Estado, la sociedad y sus familias en comadrazgos de crianza de sus hermanos, en maternidades infantiles y adolescentes y en los quehaceres domésticos en atención de personas adultas.

La *servidumbre doméstica* es una virtud de género. Otras más estudian y trabajan, hasta ganan dinero, pero deben de compartirlo y de todas maneras ocuparse de la casa y la familia. Sin embargo, es notable la transformación de las mujeres que estudian, trabajan y participan en actividades y espacios públicos de transformación estética, política y social. Son mujeres con más recursos para enfrentar la vida y para comprender el mundo con discernimiento y con libertades.

EDUCACIÓN SEXUAL

En la mayoría de los países de América Latina está materialmente prohibida la educación para la sexualidad responsable, diversa y libre tanto en los medios masivos de comunicación que hegemonizan una visión ultrajante, violenta e irresponsable de la sexualidad, como en los sistemas educativos. Aunque sea increíble las mujeres y los hombres desde la educación básica hasta la universitaria, no reciben en ningún nivel información y formación ética sobre una de las dimensiones claves de la existencia. Para las mujeres, además, este tabú es criminal porque en estos tiempos son quienes se hacen cargo de las responsabilidades y truncan su camino o incrementan su carga vital por maternidades precoces o indeseadas y relaciones sexo afectivas enajenadas.

En el umbral del milenio las latinoamericanas y los latinoamericanos tenemos proscrito el desarrollo de una conciencia sexual moderna formada a través de la escuela. Si no fuera por otros procesos y otras redes de educación sexual que han permitido la liberalización sexual y el acceso a recursos a conocimientos y a nuevos imaginarios sexuales y eróticos, y a una ética comprometida con la libertad, estaríamos condenados a permanecer premodernos en la era de modernidad.

El control de las iglesias es fundamental en torno a la sexualidad y el comportamiento de las mujeres. Es evidente que las iglesias se ocupan más y más de contener los avances de las mujeres y de controlar sus vidas. La contradicción más grave erigida desde esa visión para las mujeres es la que coloca su sexualidad en manos de las iglesias, subsume al Estado en su dimensión secularizadora y es, por consiguiente, un dique contra la democratización moderna. Sin embargo, la clave más ultrajante está en que el poder patriarcal de las iglesias y las religiones jerarquiza vitalmente a las mujeres en segundo plano frente al producto de sus embarazos, los convierte en personas y despersonaliza a las mujeres. Debido también a la hegemonía religiosa que abarca a todos y no sólo a las fieles, las latinoamericanas no somos sujetas en primera persona y no alcanzamos la ciudadanía plena ni nuestra condición de *seres humanas* debido a esta opresión sexual. Por ello, además, millones de mujeres deben estar enmarcadas en las actividades religiosas domésticas y comunitarias, deben ir a la iglesia o al templo, creer, rezar, y asumir un sobrepoder patriarcal divino sobre sus vidas.

IGNORANCIA Y SABIDURÍA

El *sincretismo* de género se concreta a nivel valorativo en poseer atributos modernos y ser objeto de valoraciones premodernas. Nos hace ser consideradas ignorantes perpetuas porque nuestros saberes no se reconocen en su calidad de conocimientos ni como recursos sociales. Se nos margina de otros saberes que sí se usan para organizar el mundo. Se nos coloca en el lugar simbólico y práctico de la ignorancia y la irracionalidad, se supone lo femenino como inaprensible, desconocido y oculto.

A través de las ideologías patriarcales se tiende un velo para que no podamos vernos. O, por el contrario se feminizan saberes incluso académicos y profesionales sin que se eleve en correspondencia, de manera suficiente el ingreso de las mujeres. A pesar de eso, la movilidad social de sectores de mujeres a través de la educación ha sido contundente durante varias décadas, lo que ha permitido abrir campos, áreas y especialidades a las mujeres, así como se ha ampliado el acceso de mujeres a niveles de educación superior. En contraste con la persistencia de millones de mujeres iletradas.

LA POLÍTICA Y LA CIUDADANÍA

Por segregación, pero también por el *tabú* político de género que prohíbe pasar la experiencia entre mujeres para evitar la transmisión de descubrimientos y saberes que posibilitarían el desarrollo de una conciencia histórica de género, cada mujer desconoce aspectos indispensables para vivir y sobre el mundo, a la vez que cultiva saberes que la valoran simbólicamente.

Es asombrosa la sobrevivencia de niñas, adolescentes, adultas y viejas en condiciones de ignorancia existencial, lo que incrementa la enorme vulnerabilidad y riesgo con que enfrentan la cotidianidad. Cada cual está desprovista de lo que otras han descubierto y podría ayudarlas. El *sincretismo* nos hace ser ciudadanas a medias sin derechos plenos, semituteladas por los hombres, las instituciones sociales, el Estado y las iglesias y, desde luego, por otras mujeres.

La mayoría de las latinoamericanas está excluida de los procesos políticos de gobierno, de administración y planeación. En cambio las mujeres están en los niveles del trabajo de ejecución, organización y como portavoces de *los otros*. Siempre consideradas como apoyo. En la base de la pirámide y en los múltiples mundos subterráneos, en lo más inmediato, emergen los liderazgos femeninos. Entre ellos se valoran más los ligados al “poder local” o a las organizaciones de base civiles y populares. En la ideología conservadora se considera que son más afines a la *idiosincrasia femenina*. Cuando ocupamos otros niveles de la pirámide, las posiciones son subordinadas y coronadas con el famoso *techo de cristal* y siempre, un *escalón* más abajo que los hombres. Las poderosas mujeres oficialistas se ufanan de no ser feministas y muchas de ellas rinden tributo a sus padrinos políticos o al sistema que sin aceptar posturas radicales les da cobijo.

El *sincretismo* de género enmarcado en procesos latinoamericanos nos hace visibles en la sociedad pero invisibles como sujetas sociales. A pesar de avances legislativos, no existimos plenamente en la norma jurídica ni en el pacto político como mujeres, como lo único que nos hace ser un sujeto colectivo, reconocernos, asociarnos y politizar nuestras necesidades y privaciones, así como nuestras aspiraciones de género.

La *doble condición sincrética* nos coloca en la condición de seres minorizadas políticamente, representadas, conducidas o suplantadas por los hombres y las instituciones y sin la posibilidad de incorporar de lleno al género en la política, el desarrollo y la democracia. Es más, se espera que aún quienes son constructoras de alternativas en los movimientos sociales y políticos asuman el orden que día a día contribuyen a desmontar.

¿Y LA DEMOCRACIA?

Las latinoamericanas nos debatimos convocadas como modernas a participar en sociedades que no acaban de hacer suya la democracia real participativa. Somos condicionadas a participar como mujeres tradicionales para el bienestar de *los otros*, de la naturaleza, la comunidad y cualquier ente, a condición de no ocuparnos de los problemas específicos de las mujeres y del género. Somos llamadas a sustentar consensual y activamente los poderes establecidos.

La participación aceptada exige a las mujeres aceptar la inequidad con los hombres como principio previo en lealtad a los hombres, las familias y las tradiciones, y en consenso al orden patriarcal. Se espera una presencia subordinada con ceguera de género. Se nos exige aceptar la prohibición de impulsar la *democracia genérica* y el *desarrollo humano con perspectiva de género*⁷.

POLÍTICA Y FEMINISMO

El mayor *tabú* en los ámbitos sociales, en la política y en la vida de cada mujer en el umbral del milenio en América Latina es el *tabú* del feminismo. La cultura política de gran parte de los movimientos sociales, la academia, la investigación social, las humanidades y la filosofía, así como la que proviene de los espacios políticos sindicales, partidistas y oenegésicos mixtos, es profundamente antifeminista porque es esencialmente sexista, misógina y machista.

La problemática de género de las mujeres latinoamericanas está profundamente cercada por el machismo militante legítimo, convertido en cultura nacional, en ideologías, épica, crónica e historia, en el arte y en todo tipo de narraciones litera-

7. Véase LAGARDE, Marcela, *Género y feminismo, desarrollo humano y democracia*, horas y HORAS, Madrid, 1997.

rias e imaginarias, se manifiesta obviamente en los deportes, en las confrontaciones armadas y en la política de organizaciones de ideologías confrontadas. Con todo, hoy recorre al continente la exigencia visible de hacer política con nuevas normas de género y las exigencias democratizadoras de las mujeres abarcan la transformación de las inequidades de género como prerrequisito para lograr la participación política, la gestión y la gobernabilidad.

Desde organizaciones y movimientos de mujeres y feministas, pero también desde instituciones gubernamentales y civiles, desde hace décadas y cada vez con mayor fuerza, se enarbola la urgencia de lograr la equidad y de crear acciones y políticas públicas afirmativas de género, de igualdad de oportunidades y de avance en la redefinición de las mujeres y los hombres en la sociedad, en la política y en el Estado.

DISYUNTIVAS CULTURALES, DISYUNTIVAS POLÍTICAS

Producto del sincretismo, la *escisión existencial* es contenido y signo de la subjetividad genérica de las latinoamericanas. Es una forma de escisión política que resulta de colocar a las mujeres frente a disyuntivas desgarradoras: como la confrontación entre las necesidades, los intereses y el avance propios, o los de *los otros*. El conflicto identitario es vivido como antagonismo. Si las mujeres cambian aunque sea para asumir más y más deberes, son evaluadas a partir de mitos de subsunción como desapegadas, abandonadoras o irresponsables, como si fuesen mujeres de un sólo modo de vida.

DEUDAS Y CULPAS

Así, a pesar de los esfuerzos, las latinoamericanas estamos en deuda, somos inadecuadas, somos malas, al no cumplir las expectativas y eso nos hace perder valor simbólico. Y si tratamos de avanzar en nuestros derechos modernos a la educación, al trabajo, a la movilidad social y la participación, las familias, las parejas, las comunidades y las organizaciones, reaccionan como si hubiesen recibido un atentado y quienes lo aprueban, no alcanzan a compensar con su apoyo y receptividad los obstáculos sociales.

Hoy se levantan nuevas acusaciones y culpas contra las mujeres. Se les atribuye la causa de grandes problemas sociales y existenciales, de las crisis y la pérdida de tejido social, de valores y de “la moral”. Se subraya que cualquier desapego de lo tradicional o muestra de emancipación es la causa unilateral de los problemas y atenta contra las tradiciones familiares, populares, regionales, étnicas o nacionales (todas ellas sobrealzadas acríticamente como si fueran positivas para las mujeres). A la par, no se analizan los hechos de los hombres concretos, las normas injustas y las opresivas formas de vida, como causa de viejos y nuevos problemas de las mujeres y de la sociedad.

MUJERES INDÍGENAS

La *disyuntiva* adquiere relevancia entre mujeres de comunidades sectarizadas. Tal es el caso de *mujeres indígenas* que asoman a la conciencia de género y de inmediato quedan confrontadas entre la defensa y reivindicación de la identidad de género y la identidad indígena; entre actuar desde una perspectiva étnico-política o desde una perspectiva de género crítica del patriarcalismo corporativo y de la situación opresiva de las mujeres indígenas, también en sus comunidades. Ideológicamente, las mujeres perciben lo étnico y lo genérico como antagónico y excluyente, al ser convocadas por ideólogos indígenas y no indígenas a mantenerse como reproductoras de la tradición, los usos y las costumbres, como *fósiles vivientes*, mientras los hombres de sus familias, comunidades, organizaciones y movimientos, cambian y se modernizan, sumando poderes de la transición étnica a su poderosa condición masculina.

La *disyuntiva* práctica que han ido inventando *mujeres indígenas* para transformarse es *sincrética*: buscan avanzar un poquito en el género sin incomodar la cohesión del pueblo indígena, basada en su sometimiento corporativo, mantener formas de subordinación dentro, crear condiciones para su desarrollo, acceder a la educación y a la participación social y política, sin cambiar; actuar la igualdad mítica entre mujeres y hombres llamada por los ideólogos patriarcales *complementariedad*, frente a la hostilidad externa ubicada en la perspectiva política de género; caminar un poquito con otras mujeres remarcando su diferencia como virtud cultural y como valor histórico universal que debe defenderse en paquete, y asumir un poco de los avances que la causa de las mujeres puede significarles.

Un conflicto que produce sufrimiento a *mujeres indígenas* es desarrollar la identificación con mujeres no indígenas vistas como enemigas históricas por la dominación étnica y enemigas imaginarias actuales por ser portadoras de cambios. La *disyuntiva*, conduce a algunas *mujeres indígenas* a buscar con conciencia de género la identificación con mujeres no indígenas, franqueando los estamentos a partir de hechos de equidad. Con el tiempo, se preguntan, como lo hemos hecho otras mujeres, dónde quedaron la igualdad y la complementariedad con sus compañeros descubiertos en su amenazante dimensión patriarcal.

Desde una perspectiva feminista, “la causa indígena es tan semejante a la causa feminista de las mujeres. Ambos, pueblos indígenas y mujeres, nos convertimos en sujetos históricos con identidad específica, ambos vindicamos la diferencia y somos la simiente del multiculturalismo, la diversidad con pluralidad y la inclusión social: ejes civilizatorios del siglo que inauguramos”⁸.

8. LAGARDE, Marcela, “La belleza y la paz. Democracia, género y etnicidad”, *Cuadernos feministas* 15, México, 2001, págs. 15-20.

LA DOBLE VIDA Y LA TRANSICIÓN

Las latinoamericanas sintetizan cada día una *doble jornada* que no es la simple suma de dos tiempos de trabajo. Se trata de una *doble vida* configurada por dobles espacios, dobles tiempos intensificados, actividades simultáneas y el sobreuso del tiempo. Las normas y los códigos de comportamiento de cada espacio y de cada relación son diferentes y contradictorios y conflictivos. Las actividades exigen habilidades especializadas, lenguajes particulares y desfases entre poderes, deberes y prohibiciones. Innumerables conflictos surgen de esta simultaneidad.

La *doble vida* abarca actividades, normas, valores morales, lenguajes, lenguas e idiomas distintos, puestos en juego al mismo tiempo. Cada mujer debe desarrollar artes malabares para pasar de un ámbito a otro sin equivocarse de claves. Requiere una subjetividad que le permita por ejemplo, vivir en un ámbito en el que realice actividades y funciones desvalorizadas y no reconocidas, sin sitio propio, posicionada en un rango menor, subordinada casi a todos, y transitar el mismo día a otro espacio, ocupar posiciones de mando, asumir jerarquías (de segunda), cumplir con responsabilidades, ganar dinero, tener algunos derechos sociales y ser evaluada en su desempeño individual.

La *doble vida* implica para las mujeres además de conflictos prácticos, rupturas y dramas identitarios que dejan huella. Las ideologías neoliberales de género descalifican la queja y la victimización y exigen éxito y disfrute en el empeño. Las mujeres deben reaccionar bien ante identidades estereotipadas y totales que no corresponden con lo que son. Las contradicciones y las expectativas se entrecruzan en conflictos internos de *escisión* que pueden ser desgarradores cuando las mujeres los interpretan desde la cultura de la culpa como errores, incapacidad propia o falta. Se sienten *fallidas* por no *ser perfectas* o por no soportar la carga. En el extremo, la sociedad, *los otros* o ellas mismas, consideran que están locas.

AVANCES Y ALTERNATIVAS

Sin embargo, cuando las mujeres avanzan en la resolución creativa de conflictos o por el aprovechamiento de hitos, la *doble vida* y la *escisión* sustentan innovaciones imaginativas de la existencia. En dichos hitos individuales y colectivos se dan grandes avances y formas de superación personal, para el género y desde luego para la sociedad y la cultura. La rebeldía, la audacia y la perseverancia en la consecución de los sueños y las metas se asientan en la subjetividad de las mujeres como mecanismos de autonomía..

Quienes están más definidas por una condición *premoderna* funcionan como pilares del conservadurismo patriarcal y pueden ser atropelladas en el camino, sucumbir en el intento o vivir una existencia gris y amarga. Quienes para enfrentar los conflictos de la *escisión* se mueven a favor del éxito de manera acrítica, apuntalan la modernidad individualista y modelos y relaciones de género patriarcales actualizados. La condición *premoderna* limita a las mujeres y las hace apéndices de

otros, seres *satelitales* y dependientes que corresponden con fórmulas de sometimiento, subordinación e incluso con daño y violencia para mantenerlas en *cautiverio*. La condición moderna individualista las aísla, las masculiniza o feminiza como *supremacistas* de la opción que sigan y desde luego, las cubre con el velo de la igualdad natural mítica o ideológica.

Mujeres *modernas* individualistas y patriarcales se ajustan a la exigencia de perfección subordinada (estudio y trabajo, éxito y belleza, en la competitividad rival) sobrevaloran la inteligencia, la astucia y la capacidad de salir adelante, pero persiste en ellas la entrega de pareja, familiar o a una causa moderna (el trabajo, la política, la empresa). Asertividad y obediencia, coexisten en este camino de género y las mujeres se adaptan como *seres satelitales* elegidas por méritos propios, ligadas al éxito, la jerarquía y el ascenso en plena identificación con la norma patriarcal.

Las latinoamericanas experimentamos el *sincretismo* muchas veces como dualismo entre el *yo* y *los hombres*, *yo* y *los otros*, *yo* y la tradición, *yo* y la revolución, *yo* y *la causa* (*mis causas*). Para superar los esquemas binarios, algunas *sincréticas modernas* se desubican y disienten de ese destino, al hacerlo, mueven al mundo. Su transformación trastoca espacios, costumbres, relaciones, maneras de vivir y aspiraciones. La búsqueda de oportunidades y la conciencia de *mismidad*, las lleva a enfrentarse al orden para desmontar poderes de dominio y para crear alternativas.

En las últimas décadas, como nunca antes, millones de latinoamericanas en ruptura con el patriarcado se han esforzado en darle otro sentido a la vida a través de experiencias inéditas para eliminar los *cautiverios* y profundizar los avances de la modernidad. Han contribuido a cambios profundos en la sociedad, las mentalidades, la cultura y la generación de poderes positivos y la interacción para que ocupen cada vez más espacios. Con el rechazo activo al patriarcado, las *modernas disidentes* han inaugurado una nueva era en América Latina.

LA DIVERSIDAD Y LA INTERCULTURALIDAD

Como es evidente, más allá de enunciar una identidad entre las latinoamericanas, lo que sobresale como rasgo propio es la *diversidad* entre las mujeres y la *diversidad* de cada una consigo misma. Cada una es diferente aún de sus más semejantes, y cada una es diferente de sí misma por sus distintos trazos vitales en las fases de su experiencia vivida. La *diversidad* es patente entre las mujeres concretas de carne y hueso y las representaciones simbólicas y normativas que se les asignan.

Este mosaico nos coloca siempre ante una *interculturalidad* activa que no sólo se da entre mujeres indígenas y no indígenas. Si miramos la *interculturalidad* desde la perspectiva de género es obvio que lo sobresaliente es la interculturalidad entre mujeres y hombres marcada por la subculturas de género adscritas a la condiciones de género. Esa diferencia cultural, que además es política, entre mujeres y hombres se complejiza con otras dimensiones de la diversidad no sólo entre muje-

res y hombres sino entre las mujeres latinoamericanas debida a las particularidades nacionales, étnicas, raciales, de clase, de edad, de salud, religiosas, políticas, ideológicas y culturales. Y, cada una de estas condiciones e identidades históricas define modos de vida, existencias y maneras de ser mujer y enfrentar la cultura concreta permeada además por cultura hegemónica de la feminidad.

Las latinoamericanas conformamos un mosaico diverso y plural, multiétnico y plurilingüe. Pero nuestra diversidad es mayor: abarca rangos entre la riqueza y la pobreza extrema, vidas en bonanza y tierras arrasadas, creciente expectativa de vida de algunas frente a la enfermedad cotidiana y problemas corporales y subjetivos ligados a sexualidades precarias, creencias e ideologías extremas, ignorancia, conocimientos y formación, participación política y anhelos encontrados.

Pero la *diversidad* tiene otro nivel más profundo definido por la complejidad de la condición de genérica. Resulta de la conjugación de estereotipos de ser mujer que cada una integra, repele, desarrolla y modifica a lo largo de su biografía. Las normas tradicionales definen a las mujeres como *seres-para-otros*: eros y maternidad cosificados, trabajo, creación y subjetividad enajenados para dar vida, cuidar y sustentar a *otros*, la dependencia vital y la subordinación definen el carácter corporativo impuesto a las mujeres.

La *diversidad* no sólo es comparativa como *alteridad intragenérica*, sino en la vida de cada mujer al no cumplir con las expectativas y los mandatos sino renovar, cambiar, y modificar la manera de vivir como mujer en un mundo acelerado y cambiante, es en momentos imprevisible. Las rupturas entre lo supuesto de la feminidad y las maneras de vivir como mujeres son tan sorprendentes que las grandes categorías son insuficientes para dar cuenta de ellas.

LAS SEMEJANZAS

Ontológicamente esta configuración que expropia a las mujeres de existencia autónoma, sustenta la *incompletud* y la *ilimitación* de las mujeres como seres cuyo sentido de la vida y cuyos límites personales están más allá, están en *los otros*. La *inferioridad jerárquica* respecto de los hombres es la segunda marca política de las latinoamericanas de ahí la subordinación, el sometimiento a tutelaje, y desde luego la exclusión de espacios y oportunidades. Por eso, la opresión patriarcal es la marca política de mayor semejanza entre las latinoamericanas. Está presente en las relaciones sociales que nos colocan bajo dominio a través de la configuración social y estatal y nos define como seres de segunda (el segundo sexo).

La postergación de las necesidades de las mujeres, la insensibilidad frente a la desigualdad y el cúmulo de obstáculos levantados contra las mujeres marca profundamente la autoidentidad y hace que la autoestima de las mujeres esté surcada por cicatrices de minusvalía y daño.

Mujeres de distintos países, hablantes de lenguas diferentes que no nos reconoceríamos en las historias nacionales y las marcas de *las otras*, compartimos formas muy parecidas de expropiación de nuestros cuerpos, nuestras sexualidades,

nuestras criaturas, nuestro trabajo y los productos de la creatividad, la inteligencia y el amor. Estamos enmarcadas en relaciones de parentesco y conyugalidad, laborales, sociales, políticas y religiosas de dependencia, subordinación, control (violento) y tutelaje.

La mayoría de las mujeres, aún las más emancipadas experimentamos humillación y vejaciones, marginación y formas sutiles y brutales de discriminación. Desde luego, la explotación sexual, económica y moral y la enajenación de género que nos rodean, envuelven o definen, se deben a la específica condición de género en *cautiverio*. Sin embargo, aún las mujeres más marginadas anhelan justicia enmarcada en valores e ideologías diversas incluso las claramente modernas y apelan a su convicción de que deberían tener el derecho a no vivir así.

La modernidad ha significado cambios profundos en la feminidad y la vida cotidiana tradicional de las latinoamericanas al eliminar experiencias, trabas y oprobios patriarcales, independientemente de beneficios y perjuicios. Son procesos de *deculturación* de género⁹. Para muchas mujeres, han sucedido más allá de su voluntad y su conciencia e incluso contra su voluntad y su sufrimiento se debe a la experiencia del mundo perdido y la lealtad a personas, modos de vida, tradiciones, creencias y maneras de ser.

Mujeres conservadoras en procesos de cambio o víctimas sociales culpan a las mujeres identificadas con la modernidad de sus avatares y se confrontan con ellas como las peores enemigas. Con ello creen salvar el orden, sus instituciones cerradas y sus hombres. Otras más, afanadas por ser más y más modernas topan con los límites patriarcales: la coacción social, formas de exclusión y rechazo, violencia o impedimentos para extender los beneficios personales y sociales de la afirmación y el desarrollo de las mujeres.

No obstante la variedad de situaciones vitales, formas de sobrevivencia y alternativas a los problemas y conflictos, la *deculturación* es siempre una experiencia de modernidad. En el primer caso, proviene de fuera, de instituciones y procesos sociales que tocan a las mujeres sin mediar su voluntad y, en el segundo, las mujeres protagonizan su apropiación de la modernidad, aún contra el entorno.

IDENTIDADES EN TRANSICIÓN

Las mujeres estamos en *transición de género* y de otras condiciones sociales: transitamos entre edades, familias, regiones y países; cambiamos de formación histórico social y de régimen político en nuestro propio país, pasamos de una clase social a otra, o vamos de unos estratos de clase y culturales a otros, varias veces en la vida. Vivimos tránsitos sexuales (desde cambios en la vivencia de la maternidad

9. LAGARDE, Marcela, "Aculturación feminista", en LARGO, Eliana (comp.), *Género en el Estado, estado del género*, Isis Internacional 27, Santiago de Chile, 1998, págs. 135-150.

y el erotismo heterosexuales, hasta la notable emergencia de bisexualidades y del lesbianismo visibles y crecientes), en dichas opciones, vamos de la monogamia a la poliandria o a la poliginia. La marca sin embargo, es la irrupción evidente del deseo de vivir la sexualidad de manera hedonista y libertaria en cualquier posición del abanico.

En esta región del mundo los tránsitos abarcan las creencias religiosas y millones de mujeres en América Latina son *conversas* recientes o inauguran formas exóticas de religiosidad sin cambiar de fe. Desde luego, millones de contemporáneas transitamos a formas de vida y experiencias ciudadanas. A diferencia de mujeres de otros países organizados y más estables, las identidades de las latinoamericanas están en movimiento y parecen estacionarse tanto, como fluir: amalgama de lo que se conserva y lo cambiante del mundo y en nosotras. Por eso el movimiento vital es constante. Dejamos actividades, posiciones, funciones y actitudes o superponemos incompatibilidades, a la vez que inventamos maneras inéditas de ser mujer.

El mundo del umbral del milenio conservador y convulso en sus innovaciones es efervescente. Y, si algo cambia en él, es la existencia de las mujeres y, desde luego las mentalidades femeninas. Por eso las mujeres en América Latina (no sólo las nacidas aquí), compartimos la semejanza de experimentar identidades en transición, no siempre maleables ni dúctiles, pero llevan la fuerza motriz de la innovación cultural. Para las latinoamericanas el umbral del milenio es un Renacimiento, tanto por la emergencia de las mujeres en cuerpo y vida propias, como por la vitalización del mundo que este renacer imprime tanto en la bonanza como en el desastre.

INAUGURALES

En otras latitudes de manera generalizada y entre nosotras de acuerdo con los estamentos de clase, la modernización ha simplificado la condición de género de las mujeres con el traslado de algunas actividades y funciones al tejido social y al Estado y con la eliminación de destinos atados a cuerpos procreadores. En cambio, para las latinoamericanas enmarcadas en una modernidad raquílica y subdesarrollada, ha significado la *ampliación de la condición de género* con la superposición y suma de actividades, funciones, responsabilidades, espacios, formas de comportamiento, actitudes y lenguajes, capacidades subjetivas. Esta ampliación es una marca de semejanza entre las latinoamericanas y, comparadas con mujeres de otros sitios, resulta una verdadera marca de identidad.

La modernidad hace que en América Latina las mujeres del umbral del milenio seamos *pioneras*. Compartimos vivencias inaugurales con mujeres que vivieron cosas semejantes en otras latitudes hace ya mucho tiempo. Apenas ahora espacios, antes masculinos, se tornan mixtos y las mujeres, sólo reunidas por segregación patriarcal, fundamos espacios por voluntad de agregación entre nosotras. La superación de formas de discriminación conmueve la cultura con la apropiación y

desarrollo de saberes específicos y es notable la capacidad de las mujeres de crear conocimientos complejos y perspectivas de análisis sobre asuntos de lo más diversos del mundo.

Desde luego, trastrocamos el orden de poderes establecidos: posicionadas desde el género, desarrollamos formas de conciencia y de acción civil y política. La ciudadanía relativa emerge como una elaboración de la amalgama de género y las mujeres vemos ampliar nuestras responsabilidades a la vez que participamos en la ruptura de prohibiciones segregantes y construimos derechos universales. Experimentamos poderes individuales y colectivos inéditos para vivir en la *polis* y gobernar nuestras vidas. Somos sus creadoras y defensoras cada día.

La innovación de la vida marca las identidades modernas de una cantidad creciente de mujeres latinoamericanas. Cada una ha sido pionera en alguno o en varios ámbitos. Los nuevos contenidos y dimensiones aún incompletos y en mixtura con los tradicionales que los neutralizan o los sobrecargan de obstáculos y dificultades, impactan profundamente la subjetividad de cada una y los significantes identitarios. Los ámbitos más cimbrados por la *enculturación*, es decir, por las innovaciones que reformulan la condición de género y las experiencias vitales de las mujeres son evidentes en la sexualidad (tanto en la maternidad como en el erotismo), el trabajo y las actividades económicas.

Las relaciones con los hombres han sido modificadas sobre todo por la emergencia de espacios mixtos como la escuela, el trabajo y la política en los que se abren paso entre desigualdades, experiencias de ideología igualitaria como el compañerismo y la amistad entre mujeres y hombres. El aprendizaje de nuevas formas de convivencia o su deseo, se ha trasladado al ámbito conyugal y familiar y las mujeres modernizadas hacen enormes esfuerzos por llevar la igualdad a las relaciones de conyugales (amor, erotismo, convivencia) y la equidad a las relaciones familiares. La participación social y política de las mujeres no es sólo una innovación más. Sintetiza las variadas áreas y los contenidos de cambios sociales, económicos, psicológicos, intelectuales que las latinoamericanas experimentamos.

ALTERNATIVA POLÍTICA

Cada vez más latinoamericanas somos *pioneras* en considerar prioritario actuar sobre las normas y los pactos políticos que definen la organización social. Normar *ahí* la eliminación de la opresión y el establecimiento de normas de igualdad, equidad y de oportunidades, ocupa a un sin número de mujeres que en la era de la desesperanza política reivindican la legalidad y la participación política como si el desastre político fuese superable.

Un anhelo político marca cambios en las identidades de cada vez más latinoamericanas: es el *deseo de poder*. Su emergencia en la subjetividad femenina es ya una muestra del trastrocamiento del orden patriarcal. La mayor prohibición de género construida no sólo como identidad femenina sino como moral virtuosa en las mujeres, es la prohibición de aspirar a *poderes establecidos* y de construir

poderes de emancipación y alternativos. La enajenación de las mujeres debida al poder de dominio ha sido una constante correspondiente con la asimilación del poder a la identidad masculina y a la virilidad.

La participación de cada vez más mujeres rebasa en forma significativa el servicio y la colaboración y se plantea como participación política no servil, *en busca del poder para tener poderes vitales*. Este nuevo poder, redefinido desde el género en la práctica política de millones de mujeres durante décadas, consiste en el *poder* de incidir, reorientar, transformar e inventar formas de convivencia y acceder a satisfactores, bienes, recursos y oportunidades vitales. Es el *poder* de preservación del mundo y creación de futuro desde la perspectiva de la *buen vida*.

PODER Y NUEVO PARADIGMA

De ahí también, que la otra marca política identitaria de las latinoamericanas sea la emancipación en tanto lucha por lograr existencias autoafirmadas: el sentido vital es lograr una existencia cuyo contenido es el ser-para-sí, con autonomía y con derechos, es decir con ciudadanía, reposicionadas en el mundo por voluntad propia. Cada vez más mujeres se sustraen a la cultura hegemónica y configuran un sentido propio de la vida, una visión crítica y una ética afín con la democracia genérica, elaboran y recrean una cultura alternativa. Se colocan ideológicamente fuera de la hegemonía patriarcal y llevan adelante la satisfacción de sus necesidades, crean condiciones para la igualdad genérica y vías concretas de equidad, eliminan obstáculos y desmontan ideologías y poderes violentos.

La autoidentidad de muchas latinoamericanas es la de mujeres afirmadas, equivalentes y valiosas y su autoestima personal se engarza con su autoestima de género en cuanto a ser sujetas de su propia transformación, autoras de su relativo bienestar, y seres en el mundo que gozan y crean. Estos procesos de existencia que implican transformaciones culturales paradigmáticas contienen como signos de identidad de esas mujeres, la valía humana, la libertad y el poder para vivir.

El aporte más profundo desde esta experiencia vital es el desmonte de poderes de dominio desde una visión y una metodología democrática. Es notable la convicción consensual en los esfuerzos contemporáneos de las mujeres para eliminar el dominio de género. El despliegue de teorías, investigaciones, instituciones y espacios de invención de otra mirada sobre el mundo, una mirada no patriarcal, no supremacista de ningún signo, otra mirada feminista ilustrada, basada en conocimientos científicos, tanto como en la experiencia de vida y en la sensibilidad estética de mujeres libertarias. Estamos ante la creación de otra cosmovisión y la realización de acciones políticas que desmontan poco a poquito cada poder de género en la sociedad y en el Estado.

Estas latinoamericanas están en procesos de transformación formidables. En el tiempo de su vida cambian cosas que en la historia ha costado siglos transformar. Para ellas, el mundo ha cambiado, su mirada es otra y su ocupación del mundo es otro también. Por primera vez en la historia son latinoamericanas por experiencia y

voluntad propias y por afanes paradigmáticos compartidos entre ellas. Por primera vez se identifican transculturalmente con mujeres de otros pueblos y culturas, antes ajenos y enajenados, cuya cercanía y afinidad proviene de la política de género que las une.

La identidad de género de millones de latinoamericana se vuelve transamericana pero también transatlántica y mundial. Por fin, se vive el *ser-para-sí-en-el-mundo*, como una construcción individual y colectiva compartida con mujeres diversas en un proceso *intercultural* posible sólo por crear una cultura radicalmente renacentista que afirma la humanidad de cada quien, porque sustenta la convivencia democrática y el acceso universal al bienestar.

La acción política por construir los derechos humanos de las mujeres es la marca mundial de la identidad de género de mujeres transgresoras que contribuyen al surgimiento de una globalización democrática amasada desde la ciudadanía de las mujeres. En esta vertiente configurada por el paradigma cultural feminista se encuentran los movimientos de mujeres y feministas y las mujeres cuyo esfuerzo personal por ser modernas es político. Su afán es complejo: lograr que la modernidad cumpla de manera radical con sus principios éticos a las mujeres y que sus propias vidas y su mundo mediato e inmediato, sean modernos.

La novedosa irrupción política de las mujeres tiene por filosofía el respeto a la vida, en primer término la propia, la seguridad, la búsqueda de equilibrios en las acciones sobre el medio ambiente y la calidad de la vida. El aporte refrescante de esta incursión política de muchas latinoamericanas está en la ruptura con el deber político de género de vivir en seguimiento de los hombres, sus liderazgos y su política, sinónimo de dominación. Pasa por asumir la política como asunto propio para el género femenino y llevarla a un pacto con los hombres, en las instituciones, ambos redefinidos políticamente. Asimismo implica romper con el pacto excluyente y violento, expropiatorio y jerárquico de la política masculina¹⁰.

La innovación consiste en transformar la política en espacio de pactos, medidas y acciones de inclusión, acceso y reparto, mecanismos de equidad que buscan la igualdad¹¹. Las mujeres feministas en América Latina somos pioneras al colocar como prioridad personal y social el avance de cada mujer, su investidura ciudadana y el acceso a los recursos del desarrollo moderno para su propio desarrollo. En el umbral del milenio nos afanamos por construir la libertad de las mujeres a través de un cúmulo de libertades ya vividas y de otras imaginadas.

10. De acuerdo con Celia AMORÓS, ídem, los pactos políticos hegemónicos son pactos de caballeros, pactos juramentados entre los hombres y el pacto fundamental consiste en la exclusión de las mujeres de los *ubis* de poder.

11. Amelia Valcárcel y Celia Amorós sostienen que de los tres principios de la Ilustración, que son justicia, igualdad y libertad, la igualdad es el que menos se ha desarrollado, en particular, en lo que respecta a la igualdad entre mujeres y hombres. AMORÓS, Celia, *Feminismo. Igualdad y diferencia*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995. VALCÁRCEL, Amelia, *Del miedo a la igualdad*, Crítica, Grijalbo, Barcelona, 1993.

Las latinoamericanas que enuncian y sostienen los acuerdos de paz, los derechos humanos para todos y los derechos de las humanas, la lucha contra la pobreza, la reeducación para la salud, la redefinición teológica, o la ampliación de una educación adecuada a nuestras necesidades y nuestro tiempo, es decir, quienes vivimos en la creación de alternativas posibles aquí y ahora, compartimos otra marca de identidad: experimentamos *la política* como el espacio de imaginación y acción colectivas para hacer vivible la vida. La ética, para nosotras, antecede a la política y la redefine en la vida cotidiana y debe plasmarse en nuevas normas y en un gran acuerdo social alternativo.

Y, para volver sobre una de las preocupaciones de la *interculturalidad* quiero terminar diciendo que “los movimientos feministas y de mujeres y los movimientos indígenas protagonizamos la construcción de un nuevo paradigma civilizatorio que proclama la horizontalidad en las relaciones, la civilidad y la paz, así como la multiplicidad de identidades y sentidos de la vida. ¿Qué puede hacer compatible lo diverso, lo autónomo? Sólo compartir una visión ética y una política que aseguren un lugar en el mundo y el acceso a recursos, bienes y oportunidades para cada quien.”¹²

Y, para lograrlo, acordemos con Simone de Beauvoir¹³ que:

*En cuanto a nosotras, estimamos que no existe otro bien público
que el que asegura el bien privado de los ciudadanos;
juzgamos las instituciones desde el punto de vista
de las oportunidades concretas ofrecidas a los individuos.
Pero tampoco confundimos el interés privado con la felicidad.*

12. LAGARDE, Marcela, *Cuadernos feministas*, idem:18.

13. BEAUVOIR, S. de, *El segundo sexo*, obras completas, tomo III, Aguilar, Madrid, 1986.